



DR. DAVID JEREMIAH

AUTOR DE ÉXITO DEL *NEW YORK TIMES*

ESPERANZA

VIVIENDO SIN TEMOR *en un*
MUNDO ATEMORIZANTE

ESPERANZA

DR. DAVID JEREMIAH

ESPERANZA

VIVIENDO SIN TEMOR *en un*
MUNDO ATEMORIZANTE



Tyndale House Publishers
Carol Stream, Illinois, EE. UU.

Visite Tyndale en Internet: tyndaleespanol.com y BibliaNTV.com.

Tyndale y el logotipo de la pluma son marcas registradas de Tyndale House Ministries.

Esperanza: Viviendo sin temor en un mundo atemorizante

© 2021 por David Jeremiah. Todos los derechos reservados.

Originalmente publicado en inglés en el 2021 como *Hope: Living Fearlessly in a Scary World* por Tyndale House Publishers con ISBN 978-1-4143-8047-6.

Adaptado de *¿A qué le tienes miedo?: Vence tus temores con la fe*, publicado en el 2014 por Tyndale House Publishers con ISBN 978-1-4143-8055-1.

Fotografía del camino en la portada © asefyan/iStockphoto. Todos los derechos reservados.

Fotografía del cuadro de flores en la portada © Julia Kuleshova/Shutterstock. Todos los derechos reservados.

Fotografía de la luz solar en la portada © givaga/Shutterstock. Todos los derechos reservados.

Fotografía del autor por Alan Weissman, © 2013. Todos los derechos reservados.

Diseño: Chris Gilbert at Gearbox Studios

Edición en inglés: Stephanie Rische

Traducción al español: Mayra Urizar de Ramírez

Publicado en asociación con la agencia literaria Yates & Yates (www.yates2.com).

Las citas bíblicas sin otra indicación han sido tomadas de la *Santa Biblia*, Nueva Traducción Viviente, © 2010 Tyndale House Foundation. Usada con permiso de Tyndale House Publishers, 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

Las citas bíblicas indicadas con LBLA han sido tomadas de La Biblia De Las Américas®, © 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation. Usada con permiso. www.LBLA.com.

Las citas bíblicas indicadas con NVI han sido tomadas de la Santa Biblia, *Nueva Versión Internacional*,® NVI.® © 1999 por Biblica, Inc.® Usada con permiso. Todos los derechos reservados mundialmente.

Las citas bíblicas indicadas con RVR60 han sido tomadas de la versión Reina-Valera 1960® © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960. Renovado © Sociedades Bíblicas Unidas, 1988. Usada con permiso. Reina-Valera 1960® es una marca registrada de las Sociedades Bíblicas Unidas y puede ser usada solo bajo licencia.

Para información acerca de descuentos especiales para compras al por mayor, por favor contacte a Tyndale House Publishers a través de espanol@tyndale.com.

Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

A catalog record for this book is available from the Library of Congress.

ISBN 978-1-4964-5801-8

Impreso en Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

27 26 25 24 23 22 21
7 6 5 4 3 2 1

Contenido

Introducción *1*

CAPÍTULO 1 **Esperanza en medio de la tormenta** *7*

CAPÍTULO 2 **Esperanza ante el fracaso** *31*

CAPÍTULO 3 **Esperanza en medio de un colapso
financiero** *61*

CAPÍTULO 4 **Esperanza en medio de una enfermedad
grave** *93*

CAPÍTULO 5 **Esperanza en el desastre** *123*

CAPÍTULO 6 **Esperanza después de la pérdida** *155*

CAPÍTULO 7 **Su esperanza máxima** *185*

Reconocimientos *199*

Notas *201*

Introducción

Está dormido en su cama cuando de golpe lo despierta el despertador, el cual irrumpe a todo volumen en el inicio del día con las noticias de congestiones en el tráfico, de tormentas que se avecinan, de asesinatos nocturnos, de incendios, del desplome de la bolsa, de escándalos gubernamentales y de accidentes automovilísticos. En vez de levantarse de un salto, se tapa la cabeza con las colchas. Sabe lo aterrador que es el mundo en el que vivimos y teme enfrentarse a todos los desafíos del día.

Pero sus temores matutinos quizás no están en las noticias; se tratan de su trabajo. Vive con un miedo constante de quedar atrapado en la tendencia de reducción de personal. O se preocupa por una transacción comercial de la cual depende su carrera.

Tal vez sus temores más profundos están en el hogar. ¿Puede pagar la hipoteca este mes? ¿Parece estar inestable su matrimonio? ¿Le preocupan sus hijos?

Después de un servicio en la iglesia que pastoreo en el sur de California, un joven soldado que acababa de regresar de Afganistán lloraba mientras me pedía que orara por él. Temía que podría estar perdiendo a su familia.

ESPERANZA

Podría. Esa es la palabra que lo atormenta. Nuestro mayor temor es el «podría» condicional: la amenaza de lo que *podría* ocurrir. El temor circula en el campo de la posibilidad... o incluso de la imposibilidad. El temor es el tirano de la imaginación. Se nos impone desde las tinieblas, desde su borroso espejo del quizás.

No hay duda alguna de que vivimos en un mundo que a menudo es un lugar atemorizante en el que estar. Ante estos temores que nos impulsan a taparnos la cabeza con las colchas y retirarnos del mundo, ¿en qué pondremos nuestra esperanza? ¿Gastaremos nuestra energía en fantasías, cruzando los dedos y deseando que nuestras circunstancias cambien? ¿Nos aguantaremos la respiración con la esperanza de que esta vez la suerte esté de nuestro lado?

La esperanza bíblica no es fantasiosa. No es una oportunidad por casualidad. No es optimismo infundado. No, es una creencia firme en el carácter de Dios. Eso no quiere decir que tenemos garantizados rosales sin espinas o una vida sin la tragedia y el desastre. Pero ya que sabemos que Dios lo sabe todo y que es todopoderoso y que está de nuestro lado, podemos enfrentarnos a nuestros temores y confiarle el resultado de nuestras circunstancias a Dios.

Hebreos 11:1 dice: «La fe demuestra la realidad de lo que esperamos; es la evidencia de las cosas que no podemos ver». El antídoto del temor es la fe. Y la fe nos da esperanza en medio de cualquier cosa espantosa que enfrentamos.

Cuando el apóstol Pablo estaba aconsejando a Timoteo, su joven protegido, sabía que Timoteo le temía a algo. Es probable que fuera su tarea de guiar a la gran iglesia de Éfeso. Timoteo se crió en un pequeño pueblo de Asia Menor, y Éfeso era la gran ciudad. Pablo mismo había pasado tres años en Éfeso, edificando la iglesia ahí. Era liderada por un fuerte grupo de ancianos, pero

INTRODUCCIÓN

falsos maestros estaban causando problemas. Se suponía que Timoteo iría y sería el líder de todo el asunto. ¿Qué pastor joven no le tendría miedo a tal posibilidad?

Así que, ¿qué le dijo Pablo a Timoteo? «Tu temor no es de Dios. Lo que sí es de Dios son el poder, el amor y una actitud mental estable» (2 Timoteo 1:7, paráfrasis mía).

Pablo sabía que cuando obtenemos la perspectiva de Dios en cuanto a la fuente de nuestro temor, podemos hacer a un lado lo que no es de él y asumir lo que sí es. En todos mis años de seguir a Cristo, de estudiar la Biblia y de pastorear a cristianos con buenas intenciones, todavía no he encontrado un temor para el cual Dios no tenga una respuesta. La razón es simple: Dios mismo es la respuesta a todos nuestros temores.

Considérelo. El miedo casi siempre se basa en el futuro. A veces, tenemos miedo porque sabemos lo que viene en el futuro. Pero es más común que le temamos a lo que no sabemos del futuro. Tememos lo que podría pasar. Por ejemplo, la organización Gallup les preguntó a jóvenes de trece a diecisiete años a qué le tenían más. En orden descendente, los diez temores más comunes de estos adolescentes eran los ataques terroristas, las arañas, la muerte/el ser asesinado, el no tener éxito en la vida/ser un fracaso, la guerra, las alturas, el crimen/la violencia, el estar solo, el futuro y la guerra nuclear¹.

Observe que todos estos temores se basan en el futuro, y ninguno es más que una posibilidad. Quizás estos adolescentes no se encontrarán con ninguna. Ya sea que el futuro sea dentro de un minuto (está a la espera de un diagnóstico médico) o dentro de cinco años (le preocupa tener suficiente dinero para su jubilación), la sede del temor es el futuro.

Pero ¿qué es el futuro para Dios? ¡El futuro es ahora para él!

ESPERANZA

Nosotros vivimos dentro del tiempo. Dios, quien lo hizo, vive fuera de él. Nosotros sabemos relativamente poco sobre el futuro. Dios lo sabe todo. Todos los acontecimientos de nuestra vida ocurren en dos marcos del tiempo: el pasado y el futuro. (El presente es un momento infinitesimal que siempre se está fugando y se convierte en el pasado antes de que siquiera podamos definirlo). Dios, por otro lado, tiene solo un marco de referencia: el ahora eterno, en el cual él lo ve y lo sabe todo, incluso el futuro.

Por eso es que Dios es la respuesta a todos nuestros temores. Si Dios es bueno y amoroso (y lo es), y si Dios es todopoderoso (y lo es), y si Dios tiene un propósito y un plan que incluyen a sus hijos (y los tiene), y si somos sus hijos (como espero que usted lo sea), entonces no hay razón por la cual tener miedo y sí hay razón por la cual tener esperanza porque Dios está en control de todo.

Lo sé... es buena teología, y es probable que crea en ella, pero aun así tiene temores y aprensiones y un nudo en la boca del estómago, ya sea a veces o todo el tiempo. La gran autora Edith Wharton dijo una vez que no creía en fantasmas, pero les tenía miedo. Una cosa es saber algo con la mente y otra es creerlo con el corazón.

¿Cómo ayuda a un pequeño a enfrentar el miedo a la oscuridad? Primero, apela a la mente. Enciende la luz y le muestra que no hay nada atemorizante en la habitación. Después lo ayuda a poner en sintonía su corazón con lo que su mente ha aceptado. Este es el proceso de la fe para todos nosotros. Aceptamos que Dios está en control y, basado en eso, transferimos nuestra carga a sus hombros perfectos.

¿Y qué de nuestro futuro incierto? El pesimismo no funciona porque es otra forma de esclavitud mental. Puede que el optimismo no tenga base alguna en la realidad. La única manera de

INTRODUCCIÓN

caminar con esperanza y confianza hacia un futuro desconocido es apostararlo todo al poder y la bondad y la fidelidad de Dios.

Para entender por qué Dios es la respuesta a todos nuestros temores, hay que entender lo que la Biblia dice sobre el temor. Y dice mucho. Nos dice más de trescientas veces que no temamos. «No temas» es el mandamiento que más repite. La palabra *miedo* aparece más de doscientas veces, y *temor* y *terror* aparecen más de cien cada una. Y para que no crea que nuestros héroes de la Biblia no tuvieron miedo, se dice que más de doscientos individuos en las Escrituras tuvieron miedo. Y no todos ellos eran «los malos». Muchos fueron los personajes principales, como David, Pablo, Timoteo y otros.

Los héroes bíblicos fueron personas comunes que tuvieron que aprender las mismas cosas que usted y yo tenemos que aprender: a expulsar el temor al incrementar el conocimiento de Dios, a llevar su enfoque del temor presente a su esperanza eterna, a reemplazar lo que no sabían del futuro con lo que sí sabían de Dios. Tuvieron que dejar atrás las cosas de pequeños (tenerle miedo a todo) y crecer en su fe y entendimiento.

Escribí este libro porque considero que el temor es un peligro real y presente en el cuerpo de Cristo. Muchos cristianos no viven vidas libres de temor, y puede haber consecuencias serias cuando la esperanza está ausente.

Jesús vino a «proclamar que los cautivos serán liberados», y creo que eso incluye a los que son prisioneros del temor (Lucas 4:18). Él también dice que la verdad es la clave de la libertad (Juan 8:32). Y he aquí la verdad: Dios es bueno (Salmo 119:68), Dios es amor (1 Juan 4:8, 16) y Dios tiene un futuro lleno de esperanza para sus hijos (Jeremías 29:11; Romanos 8:28-29). Dios es un refugio

ESPERANZA

y una fortaleza, un escudo y un defensor de aquellos que confían en él (Salmo 91:2-4). Por esas razones y más...

*No tengas miedo de los terrores de la noche
ni de la flecha que se lanza en el día.*

*No temas a la enfermedad que acecha en la oscuridad,
ni a la catástrofe que estalla al mediodía.*

*Aunque caigan mil a tu lado,
aunque mueran diez mil a tu alrededor,
esos males no te tocarán.*

SALMO 91:5-7

En su lectura de este libro, mi oración es que crezca en su convicción de que Dios es la respuesta a todos sus temores, que a medida que mire hacia el futuro, no vea nada más que su poder y su amor protegiendo cada paso que usted da y que encuentre la verdad que lo librárá para vivir lleno de esperanza la vida que Dios creó para que usted disfrute.

CAPÍTULO 1

ESPERANZA EN MEDIO DE LA TORMENTA

*No hay por qué temer la calamidad repentina ni la destrucción
que viene sobre los perversos.*

PROVERBIOS 3:25

Cuando el *Andrea Gail* salió del puerto de Gloucester en Massachusets el 20 de septiembre de 1991, y se dirigió hacia el Atlántico Norte, nadie podía haber sabido que jamás volverían a ver ese barco pesquero. Solo algunos de sus restos emergieron mientras que los seis miembros de la tripulación desaparecieron para siempre.

En su libro *The Perfect Storm (La tormenta perfecta)*, el autor Sebastian Junger inmortalizó el destino del *Andrea Gail*. Después hubo una película protagonizada por George Clooney y Mark Wahlberg. Pero esas estrellas, pese a lo famosas que son, solamente hicieron papeles secundarios. La verdadera estrella fue la tormenta en sí: un opresor aterrador e implacable que se formó del viento feroz y de las olas gigantescas.

ESPERANZA

Los meteorólogos fueron los que le pusieron el nombre de «tormenta perfecta» a esta tempestad cataclísmica. Quizás yo no tiendo a usar la palabra *perfecta* para describir algo tan terrible, pero cuando uno llega a entender el uso del meteorólogo, «tormenta perfecta» adquiere un sentido perfecto. No es más que una forma vívida de decir: «el peor de los casos». En el caso del *Andrea Gail*, fue la convergencia simultánea de las peores condiciones climatológicas posibles.

Tres elementos mortales se unieron en octubre de 1991: un frente que se desplazaba desde Canadá hacia Nueva Inglaterra; un sistema de alta presión que se desarrollaba sobre la costa oriental de Canadá; y los últimos residuos del huracán Grace, que se agitaban a lo largo de la costa oriental de Estados Unidos. El clima destemplado se asomaba de tres de los cuatro puntos cardinales, y todo eso se concentró en el pequeño *Andrea Gail*.

Por sí solos, el aire cálido, el aire frío y el aire húmedo son casi imperceptibles, pero cuando los patrones del viento hacen que se desplacen juntos, el resultado puede ser letal. La última transmisión de radio de Billy Tyne, el capitán del barco pesquero, llegó a las 6:00 p.m. el 28 de octubre de 1991. Él reportó sus coordenadas al capitán de su embarcación hermana, *Hannah Boden*, y dijo: «Ya viene, muchachos, y viene con mucha fuerza»¹.

El libro y la película populares introdujeron la expresión «tormenta perfecta» al uso común, pero el concepto es tan antiguo como la humanidad. La gente siempre ha tenido que lidiar con la convergencia de múltiples circunstancias difíciles. Tanto puede salir mal tan rápido que sacudimos la cabeza y decimos: «Las desgracias nunca vienen solas».

A todos nos ha pasado, ¿verdad? Su hijo se enferma y su auto se descompone cuando va a ver al médico. Mientras tanto, llueve

ESPERANZA EN MEDIO DE LA TORMENTA

a cántaros y su cónyuge no contesta el teléfono. Una o dos de esas dificultades no son tan malas, pero cuando llegan juntas, pueden formar una buena tormenta.

Por muy frustrantes que puedan ser esas tormentas, muchas peores pueden ocurrir. Ahora, en nuestro mundo tan acelerado, congestionado y complejo, unos cuantos chubascos pueden convertirse muy pronto en «la tormenta perfecta». Cuando múltiples condiciones convergen y amenazan áreas críticas de nuestra vida, como las finanzas, las relaciones, el trabajo y la salud, nos preguntamos cuánto más podremos soportar. En alguna parte hay un límite en el que llegamos a una masa crítica. Una vez allí, nos preguntamos si permaneceremos a flote o si nos hundiremos como el *Andrea Gail*. Saber que eso puede ocurrir nos hace sentir temor.

El destino del *Andrea Gail* demuestra dos clases de temor que todos experimentamos. El primero es ese temor a nivel del estómago, empapado de adrenalina, que sintió la tripulación en medio de la tormenta. Tenían miedo porque su vida estaba en peligro. Esa clase de temor es beneficioso; es un instinto necesario para sobrevivir. Sin duda los pescadores del Atlántico Norte sienten una pequeña oleada de ese temor cada vez que se alejan del puerto. Una decisión mala en un clima amenazador podría significar la muerte. Pero eso no detiene a esos hombres y mujeres. El miedo razonable es una parte saludable y normal de la descripción de trabajo. Si no pudieran lidiar con eso, estarían realizando otro tipo de trabajo.

Pero hay otra clase de temor que puede inmovilizarnos por completo: el temor al temor en sí. El temor en medio de la tormenta es instintivo y beneficioso. El temor a una tormenta que *podría* ocurrir no lo es. Es una emoción advenediza que puede

ESPERANZA

llevarnos a una vida bastante limitada. El temor imaginado llega a ser tan real que ya no lo distinguimos de la realidad y, para algunos de nosotros, ese temor llega a ser tan debilitante que difícilmente podemos salir de la cama en la mañana. Aunque el cielo esté despejado, los pensamientos de lluvia nos aniquilan. Dentro de una tormenta, por lo menos podemos mirar a la bestia a los ojos, pero con el miedo al temor, el monstruo imaginario siempre está al otro lado de la puerta, avvicinándose de manera amenazadora, aunque no exista.

Todos debemos enfrentar el temor, pero para el creyente, sus colmillos han sido retirados porque estamos protegidos por una sombrilla de esperanza. Los no creyentes deben ingeniarse mecanismos de defensa que son ineficaces por completo. El fatalismo («todos estamos condenados») no funciona. El existencialismo («no tenemos idea») no lleva a ningún lado. El optimismo («oye, todo está bien») nos decepciona porque es una mentira. *No* todo está bien. Hay cosas en la vida que son dignas de temer.

Necesitamos una perspectiva acerca del temor que tome en cuenta las tormentas perfectas de la vida pero que también nos asegure que hay un puerto seguro al alcance. No podemos hacer a un lado todo el temor, pero no tenemos que vivir como sus esclavos.

Allí es donde entra Jesucristo. Teniendo nuestra esperanza en él, este mundo y sus emociones se ven distintos a la luz de su bondad, poder y sabiduría. El temor es tan solo un hecho con el que debemos lidiar en un universo caído, pero en la Biblia aprendemos que el temor se puede controlar. En la Palabra de Dios hay una gran cantidad de orientación para lidiar con las tormentas, tanto perfectas como imperfectas.

La probabilidad de tormentas en nuestra vida

Al atardecer, Jesús dijo a sus discípulos: «Crucemos al otro lado del lago». Así que dejaron a las multitudes y salieron con Jesús en la barca (aunque otras barcas los siguieron). Pronto se desató una tormenta feroz y olas violentas entraban en la barca, la cual empezó a llenarse de agua.

MARCOS 4:35-37

Mateo, Marcos y Lucas transmiten la historia de una tormenta perfecta en la vida de los discípulos de Jesús. En esa noche, un tranquilo paseo en barco se convirtió en un enfrentamiento aterrador con la muerte. Mientras que Mateo (8:23-27) y Lucas (8:22-25) cubren los hechos básicos, la versión de Marcos de los acontecimientos es la más detallada (4:1, 35-41).

Los Evangelios registran que Jesús estaba al borde del agotamiento, y sus doce discípulos estaban mareados por el riguroso entrenamiento al que los había sometido. Las multitudes habían sido abrumadoras. La gente enferma que deseaba su toque sanador se agrupaba alrededor de Jesús en cada calle. Los discípulos estaban maravillados por los milagros de su Maestro y estaban atónitos de que él esperara que ellos también hicieran milagros. Su vida se había trastornado.

En ese momento, Jesús hablaba cerca de la playa del mar de Galilea. La multitudes comenzaron a presionar tanto que casi lo habían empujado al agua. Él se subió a una barca, se alejó unos cuantos metros, se sentó y siguió enseñando (Marcos 4:1). Para cuando terminaron, ya era de noche. Ya que Marcos le dedica casi treinta versículos al acontecimiento, tiene que haber sido una sesión de enseñanza significativa que habrá durado varias

ESPERANZA

horas. Jesús debe de haber estado exhausto. Pero la multitud no se retiraba. Con mucha necesidad de descansar, Jesús y los discípulos simplemente se quedaron en la barca y zarparon hacia la orilla oriental, donde Jesús deseaba ministrar después.

Los elementos de una tormenta perfecta se estaban juntando. Primero, Jesús estaba totalmente exhausto (Marcos 4:38). Segundo, los discípulos también estaban cansados y aturridos en lo emocional por sus experiencias extraordinarias con Jesús. Tercero, ya era de noche, tarde para emprender un viaje y atravesar el mar. Cuarto, una pequeña flotilla de seguidores impacientes los seguía, lo cual significaba que cuando llegaran a tierra, no podrían descansar.

Luego estaba el mar en sí. El mar de Galilea es como un tazón de agua asentado a más de doscientos metros por debajo del nivel del mar. El río Jordán lo alimenta y también fluye fuera de allí, al entrar por el lado norte y salir por el extremo sur. Las montañas rodean casi cada lado y forman valles y quebradas que establecen el escenario para vientos fuertes. Cuando el aire fresco de las montañas pasa rápido por los valles y choca con el aire cálido y húmedo que se desplaza sobre el mar, las tormentas violentas pueden surgir en cuestión de minutos.

Eso es precisamente lo que pasó. «Pronto se desató una tormenta feroz y olas violentas entraban en la barca, la cual empezó a llenarse de agua» (Marcos 4:37). Marcos usa una palabra griega para *tormenta* que puede traducirse como «chubasco furioso» o «huracán». Mateo describe la tormenta como un «gran *seísmo*», o terremoto, como si el mar fuera agitado por los vientos (Mateo 8:24).

Fatiga. Confusión. Oscuridad. Tempestad. La tormenta perfecta había llegado. Era como si todos sus temores se hubieran combinado y cristalizado. Como pescadores, tenían un respeto profundo

ESPERANZA EN MEDIO DE LA TORMENTA

y temeroso por las aguas turbulentas. Como hombres, le tenían a Jesús un respeto profundo pero relativamente sin comprobar. Pero ahora, este Jesús, por quien habían dejado todo para seguirlo, los había guiado directamente a la tormenta. Para empeorar las cosas, él se había quedado dormido, sin preocupación aparente por su seguridad o por el desastre que ahora parecía inevitable. Deben haberse preguntado si habían dado el paso adecuado en seguirlo. Había mucho que todavía no sabían en cuanto a este hombre. ¿Podría librarlos incluso del desastre que ahora parecía inevitable?

Así como las tormentas repentinas son inevitables en el mar de Galilea, las tormentas repentinas pueden descender en nuestra vida. Cuando eso ocurre, el aprieto de los discípulos se convierte en el nuestro: ¿cómo es posible tener esperanza en un Dios que permite que las tormentas perfectas nos ataquen?

La paradoja de las tormentas en nuestra vida

Los discípulos seguían a Jesús adonde él fuera y lo ayudaban en todos sus ministerios. Oían su Palabra y lo ayudaban a predicar el evangelio. Aun así, se encontraron con una tormenta que los lanzó de un lado al otro y los dejó en verdadero peligro de ahogarse. Los discípulos estaban aprendiendo una lección difícil, una que todo creyente debe aprender: ¿podemos encontrarnos en medio de la voluntad perfecta de Dios y en medio de una tormenta perfecta al mismo tiempo!

Pero aquel día, en el mar de Galilea, la voluntad de Dios no podía estar más clara para los discípulos. Jesús había dicho: «¡Vamos!». Ellos no organizaron una junta para deliberar. No oraron. No buscaron el consejo de otros. La voluntad de Dios había estado justo allí frente a ellos, por lo que, sin dudarlo, se

ESPERANZA

metieron a la barca y, entonces, lo que se asomó amenazadoramente frente a ellos fue la muerte.

Ese peligro inesperado fue algo nuevo para los discípulos. Hasta ese momento, seguir a Jesús no había sido demasiado costoso, poco más que renunciar a sus trabajos y recibir algo de censura y crítica de los líderes religiosos locales (Marcos 3:22). Pero no habían enfrentado nada posiblemente fatal. De hecho, había sido precisamente lo opuesto. Eran socios íntimos de la persona más popular de Galilea. Los habían recibido en pequeños pueblos como héroes. Este movimiento de Dios estaba funcionando, y todos los sistemas estaban listos.

Entonces llegó la tormenta perfecta. Naturalmente, eso hizo que surgieran algunas preguntas.

Mucha gente cree que la fe es una especie de seguro contra la presión alta y la angustia. *Confía en Dios, y no tendrás preocupaciones*. Pero una gran paradoja del cristianismo es que confiar en Cristo no hace que las tormentas se alejen. De hecho, a veces nos empuja hacia aguas profundas y turbulentas.

Jesús enfrentó una tormenta perfecta cuando entró a Jerusalén montado en un burro. Sabía lo que estaba a punto de enfrentar —tortura impensable y muerte—, y lo temía. En el huerto, él clamó: «¡Padre mío! Si es posible, que pase de mí esta copa de sufrimiento. Sin embargo, quiero que se haga tu voluntad, no la mía» (Mateo 26:39). Él estaba muy consciente de la tormenta a la cual se dirigía.

Los discípulos, en su barca que se sacudía, no estaban conscientes de estos temas espirituales subyacentes. El temor se apoderó de ellos e hizo a un lado todas las consideraciones en cuanto a estar alineados con la voluntad de Dios. Pero estaban a punto de aprender una lección muy valiosa: hay seguridad al centro de la

voluntad de Dios. Las tormentas no son un castigo por falta de obediencia. Muchas veces, ¡son el *resultado* de la obediencia! Esos hombres estaban en esa tormenta porque se habían metido a la barca cuando Jesús había dicho: «¡Vamos!».

Algún día, seguiré a Jesús hacia una tormenta, y aprenderé que, aunque pueda ser abrumadora, es el puerto más seguro de todos.

La Presencia en las tormentas de nuestra vida

Jesús estaba dormido en la parte posterior de la barca, con la cabeza recostada en una almohada. Los discípulos lo despertaron: «¡Maestro! ¿No te importa que nos ahogemos?», gritaron.

MARCOS 4:38

Juan Carlos Ortiz es un famoso predicador, evangelista y autor originario de Argentina. Una vez, relató una conversación que tuvo con un trapecista de circo en cuanto a la seguridad que proporciona una red de protección. El artista afirmó que la red hace lo obvio: evita que los artistas se lastimen si se caen. Pero hace mucho más. «Imagine que no hubiera red —dijo—. Estaríamos tan nerviosos que sería muy probable que nos equivocáramos y nos cayéramos. Si no hubiera una red, no nos atreveríamos a hacer algunas de las cosas que hacemos. Debido a que hay una red, nos atrevemos a hacer dos giros, y una vez hice tres giros, ¡gracias a la red!».

Ortiz vio una aplicación para los cristianos. «Tenemos seguridad en Dios. Cuando estamos seguros en sus brazos, nos atrevemos a intentar cosas grandes para Dios. Nos atrevemos a ser santos. Nos

ESPERANZA

atrevemos a ser obedientes. Nos atrevemos porque sabemos que los brazos eternos de Dios nos sostendrán si caemos»².

Los discípulos todavía tenían que informarse acerca de la naturaleza de su «red». Si se hubieran dado cuenta del poder y de la autoridad totales que Jesús tenía, se hubieran reído y le hubieran gritado al viento: «¡Adelante!». Enfrentarse a una tormenta es estimulante cuando estamos protegidos por algo aún más poderoso.

Nuestro grado de temor es un indicador de nuestro grado de fe. Cuando hemos confiado en Jesús y hemos atravesado la tormenta, llegamos a ser más valientes. Si en realidad nunca lo hemos hecho, la tormenta nos reducirá a una gelatina temblorosa, tal como lo hizo con aquellos discípulos.

Algunas personas sí creen en el poder de Dios, pero no están seguras de su presencia. Esa es una deficiencia significativa en la fe de uno. *¿En verdad estará él allí cuando yo esté en una crisis? ¿Se interesa en mí?* Podemos creer en un Dios poderoso creador del universo, pero si está ausente cuando se le necesita, ¿cómo marca una diferencia esa creencia? ¿No es su ausencia básicamente lo mismo que si no existiera para empezar?

Esa fue la crisis que los discípulos enfrentaron. Ellos sabían que Jesús estaba allí, pero aparentemente no se daban cuenta de que él era Dios. Eso significaba que no estaban conscientes de la presencia de Dios. Por lo tanto, no sabían lo que Jesús podía hacer ni lo que haría. Conforme presencio la vida temerosa de muchos cristianos, estoy convencido de que, por así decir, los discípulos no son los únicos en esa barca.

John Paton fue un misionero escocés del siglo XIX que trabajó toda su vida entre nativos asesinos de las islas Nuevas Hébridas. Enfrentó peligro con frecuencia ya que varios miembros de una tribu buscaban matarlo. Él escribió: «Sin esa consciencia

ESPERANZA EN MEDIO DE LA TORMENTA

permanente de la presencia y del poder de mi querido Señor y Salvador, nada más en el mundo pudo haberme guardado de perder la razón y de morir miserablemente»³.

Dijo que en los momentos más peligrosos, cuando se enfrentó a las armas de los hombres, fue cuando vio con más claridad el rostro de Cristo.

En una ocasión, Paton se escondió entre las ramas de un árbol mientras los hombres lo buscaban abajo. Oía sus amenazas asesinas, pero sabía que estaba seguro en los brazos de Jesús. «Solo, ¡pero no solitario! —recordó—. Mi consuelo y alegría surgían de la promesa: “Estoy con ustedes siempre”»⁴.

En el mar de Galilea, un Jesús exhausto dormía sobre una almohada en la parte posterior de la barca, con las olas chocando a su alrededor. La imagen es impactante. ¿Cómo lo veían sus discípulos? Aparentemente, lo veían como un hombre muy similar a ellos mismos, aunque poseía el poder sobrenatural de sanar a los enfermos y de alimentar a los que tenían hambre y, como pronto se darían cuenta, el poder de calmar el viento y las olas.

La paz en las tormentas de nuestra vida

Jesús se despertó, reprendió al viento y dijo a las olas: «¡Silencio! ¡Cálmense!». De repente, el viento se detuvo y hubo una gran calma.

MARCOS 4:39

Los discípulos deben haberse preguntado cómo era posible que Jesús tomara una siesta con las olas que chocaban y el viento que rugía. Lo sacudieron y le gritaron para que se despertara: «“¿No te importa que nos ahogemos?”, gritaron. Cuando Jesús se despertó,

ESPERANZA

reprendió al viento y dijo a las olas: “¡Silencio! ¡Cálmense!”. De repente, el viento se detuvo y hubo una gran calma» (Marcos 4:38-39). La crisis había terminado. Sin duda, uno podía oír los corazones de doce hombres impactados que latían con fuerza.

El pasaje nos dice que Jesús reprendió al viento así como un padre reprendería a un hijo travieso. Él trató con los demonios de la misma manera: los reprendió (Lucas 4:35). Y el viento lo obedeció, tal como lo hacían los demonios. Él tenía poder sobre lo natural y lo sobrenatural.

Esta gran exhibición de poder milagroso tendría que haber acabado con cualquier duda que quedara en la mente de los discípulos sobre quién era Jesús. Solo Dios tiene esa autoridad. El Antiguo Testamento nos dice que él tiene poder sobre la naturaleza: «Calmó la tormenta hasta convertirla en un susurro y aquietó las olas» (Salmo 107:29; ver también Salmo 89:9; 93:4). Ante los ojos de sus discípulos, Jesús demostró que poseía el poder que solamente podía emanar de Dios. Aparentemente, ellos no habían entendido este hecho hasta que vieron a Jesús parar en seco la tormenta. Algunas cosas deben verse para creerse.

Durante sus tres años de seguir a Jesús, aquellos hombres presenciaron demostraciones cada vez mayores del poder de Dios a través de él. Creyeron, no porque se les enseñó a hacerlo, sino porque se les demostró. Los discípulos eran como bebés recién nacidos en lo espiritual, cuyos ojos se abrían con lentitud a la verdadera identidad de este Hombre al que seguían.

Dios está comprometido a desarrollar también nuestra vista espiritual. Usa con frecuencia las tormentas de la vida para demostrarnos que nuestra esperanza puede estar en él, en su poder, en su amor y en su sabiduría.

ESPERANZA EN MEDIO DE LA TORMENTA

Joni Eareckson Tada ilustra cómo el inspirarse en el poder y en la paz de Jesús transforma su vida:

«Oh, Dios —oro a menudo en la mañana—, Dios, no puedo hacer esto. No puedo con esto que se llama cuadriplejía. No tengo los recursos para esto. No tengo las fuerzas para esto, pero tú sí. Tú tienes los recursos. Tú tienes fortaleza. No puedo con la cuadriplejía, pero “todo lo puedo hacer por medio de Cristo, quien me da las fuerzas” [Filipenses 4:13]. No tengo una sonrisa para esta mujer que va a entrar a mi habitación en un momento. Ella podría estar tomándose un café con otra amiga, pero ha decidido venir aquí para ayudarme a levantarme. Oh, Dios, por favor, ¿puedo tomar prestada tu sonrisa?»⁵.

Nuestro amoroso Padre celestial es amable y paciente con nosotros cuando las tormentas de la vida nos abruman y nos llenan de ansiedad. Él es misericordioso para mostrarnos su poder, incluso cuando comenzamos a preguntarnos si está dormido o ausente, incluso cuando nuestros gritos de ayuda están llenos de duda. Pero podemos enfrentar con valor cualquier circunstancia que nos aguarda si simplemente reflexionamos en la fidelidad de Dios y colocamos nuestra confianza en su gran poder y propósito amoroso para nuestra vida.

El propósito de las tormentas en nuestra vida

¿Ocasionó Jesús esta tormenta simplemente para poder calmarla y desarrollar la fe de sus discípulos? La Biblia no da una respuesta directa, pero me inclino a decir que no. Él no necesitaba crear

ESPERANZA

tormentas nuevas para demostrar su verdadera naturaleza porque este mundo caído provoca más que suficientes problemas por sí solo. Él desarrolla nuestra fe al usar las tormentas que ya están allí. Por lo que no veo razón para creer que Jesús se fue a dormir con cualquier otro propósito que no fuera obtener el descanso que tanto necesitaba. Aun así, se apresuró en aprovechar la tormenta como una oportunidad apropiada para enseñar. La tormenta le proporcionó la atención total de ellos y la lección nunca sería olvidada.

En vista de que es usted un ser humano, creo que puedo decir con certeza que no carece de tormentas en su vida. Como quien dice, siempre estamos en uno de tres lugares: nos dirigimos hacia una tormenta, estamos en una tormenta o estamos saliendo de una tormenta. Ya que vivimos en un mundo caído, existe cierta clase de problemas entretejidos en la trama de la vida. Como quien dice, vivimos con «falsas ilusiones de suficiencia» hasta que estas tormentas atacan. Creemos tener todo bajo control, hasta que, de repente, no lo tenemos. Las tormentas nos obligan a poner pie a tierra, y hacen que le temamos a lo que no podemos controlar.

Aunque Dios no crea las tormentas en nuestra vida, él hace lo que Jesús hizo esa noche en el mar de Galilea. Usa el mar agitado para demostrar su poder y fortalecer nuestra fe en él.

C. S. Lewis lo explica así:

Dios, quien nos hizo, sabe qué somos y que nuestra felicidad descansa en él. Aun así, nosotros no la buscaremos en él, en tanto que él nos deje cualquier otro recurso en el que sea posible buscarla. Mientras que lo que llamamos «nuestra propia vida» siga siendo agradable, no nos rendiremos a él. Entonces ¿qué puede hacer Dios para nuestro beneficio sino hacer menos agradable

ESPERANZA EN MEDIO DE LA TORMENTA

«nuestra propia vida» y quitar la posible fuente de falsa felicidad?⁶

Dios sabe que lo necesitamos, y sabe que olvidamos cuánto. A veces, permite que las tormentas arrasen para que nos envíen a toda prisa hacia él, como lo hizo la tormenta para aquellos discípulos en la barca que estaba siendo sacudida.

El salmista David descubrió el valor de las tormentas que Dios le permitió superar:

*El sufrimiento me hizo bien,
porque me enseñó a prestar atención a tus decretos.*

SALMO 119:71

Jesús permitió que los vientos arrasaran para que sus discípulos aprendieran a confiar en él. A través de las tormentas de la vida, nuestro Señor nos enseña muchas lecciones preciosas. Él nos recuerda nuestro propio vacío y nuestra dependencia total de él. Él nos enseña a temer a Dios con reverencia absorta y a no temer las tormentas.

El producto de las tormentas en nuestra vida

[Jesus] les preguntó: «¿Por qué tienen miedo? ¿Todavía no tienen fe?». Los discípulos estaban completamente aterrados. «¿Quién es este hombre? —se preguntaban unos a otros—. ¡Hasta el viento y las olas lo obedecen!».

MARCOS 4:40-41

Jesús fue más amable con sus discípulos de lo que fue con el viento. Mientras que reprendió al viento, solamente les hizo dos preguntas

ESPERANZA

a sus discípulos: «¿Por qué tienen miedo? ¿Todavía no tienen fe?» (Marcos 4:40). Con estas preguntas, Jesús revela una verdad espiritual clave: lo opuesto a la fe no es la incredulidad; lo opuesto a la fe es el *temor*. La fe engendra confianza, mientras que la incredulidad engendra temor. En esencia, Jesús estaba diciendo: «¿A qué le tienen miedo? ¿Todavía no confían en Dios, cuyo poder está presente en mí?».

Los discípulos aparentemente supusieron que Jesús era indiferente a sus súplicas. Ellos gritaron: «¡Maestro! ¿No te importa que nos ahogemos?». La sugerencia de Elías de que Baal podría estar dormido es precisamente la queja que los discípulos le hicieron a Jesús: «¡Estás dormido mientras nos ahogamos! ¡Despierta!».

Tal vez hay un temor específico que reclama su atención ahora. Cualquiera que sea el temor, solo aumentará si su esperanza no está en Dios. Él no está dormido. Está aquí. Él conoce cada pensamiento de su mente, cada sentimiento de su corazón. Mientras usted observa los cielos oscuros con preocupación, o incluso terror, él se enfoca en la persona que está formando y que él quiere que usted sea. Él ve esas tormentas como dolores que resultan del crecimiento, parte del proceso de formación. Él sabe que una tormenta puede ser precisamente lo que lo despierte a la fe profunda en él.

¡Lo que en verdad me intriga acerca de este relato es que Jesús reemplazó el temor de ellos con *más temor*! Después de quedar boquiabiertos y maravillados por la repentina calma y el mar sin viento, «los discípulos estaban completamente aterrados. “¿Quién es este hombre? —se preguntaban unos a otros—. ¡Hasta el viento y las olas lo obedecen!”» (Marcos 4:41). Varias traducciones de la Biblia dicen: «Se llenaron de gran temor». De repente, se dieron cuenta de que estaban en presencia de un poder que nunca habían

imaginado... un poder que residía en una Persona más poderosa que la violencia de un mar tormentoso.

En ese momento, los discípulos todavía estaban aprendiendo la extraordinaria verdad que más tarde expresó el apóstol Pablo en Colosenses 1:16: «Por medio de él, Dios creó todo lo que existe en los lugares celestiales y en la tierra». Nunca se les cruzó por la mente a los discípulos que Jesús en realidad había *creado* el mar de Galilea, que los vientos y el agua son *suyos*. Los discípulos en ese salón de clases con forma de barca comenzaban a reconocer que Jesús era mayor —y más temible— que cualquier cosa o persona que ellos pudieran imaginar.

El temor de los discípulos hizo una transición crítica, y pasó de estar centrado en ellos mismos a estar centrado en Cristo. Ellos ya no se preocuparon más por hundirse. Ahora estaban impresionados por Jesús, y tenían una nueva sensación de seguridad en él. Los temores debilitantes estaban siendo reemplazados por el temor fortalecedor de Dios, quien, como vagamente comenzaron a darse cuenta, estaba presente en el Hombre que tenían enfrente.

Jesús quiere que la admiración y el asombro por su poder nos dominen de tal manera que jamás volvamos a experimentar temor profundo. Si tiene que usar cada tormenta que amenace nuestro velero, lo hará porque está determinado a llevarnos a la madurez.

Las promesas para las tormentas de nuestra vida

Imagine que tiene un puesto clave en el Departamento de Estado de Estados Unidos. El primero de marzo, se reúne con el secretario de estado, quien le hace acordarse de una junta en Londres, planeada para el último día del mes. Cuando la junta informativa termina, el secretario dice: «Te veré en Londres el treinta y uno».

ESPERANZA

El Departamento de Estado se encargará de que no falte a la junta. Ellos proporcionarán el avión que lo llevará. Pero sus actividades durante las semanas previas a esa fecha son más flexibles. Mientras atiende sus responsabilidades usuales, su calendario pasará por toda clase de cambios para atender crisis inesperadas. Pero el treinta y uno, no hay duda en cuanto a dónde estará. El secretario se encargará de que esté en Londres.

Algo similar le ocurrió al apóstol Pablo. Cuando casi fue linchado por una turba de judíos, los soldados romanos lo arrestaron por su propia seguridad. «Esa noche el Señor se le apareció a Pablo y le dijo: “Ten ánimo, Pablo. Así como has sido mi testigo aquí en Jerusalén, también debes predicar la Buena Noticia en Roma”» (Hechos 23:11).

Esa visión le dijo a Pablo dos cosas. Primero, que se iría a Roma. Segundo, que no iba a morir en Jerusalén porque Dios se encargaría de que llegara a Roma. El tiempo intermedio era más incierto. Hechos 23–28 completa los detalles. Pablo pasó dos años defendiéndose ante los gobernadores romanos y el rey Agripa. Cuando se embarcó hacia Roma, una tormenta lanzó el barco con violencia hacia las rocas en Malta. Pablo sobrevivió al naufragio y, después de eso, a la mordida de una serpiente venenosa. Simplemente, no iba a morir antes de llegar a Roma. Pablo tenía por delante el cumplimiento de un mandato, y Dios se encargaría de que llegara.

A los discípulos se les dio una garantía similar antes de emprender el viaje en el mar de Galilea. Jesús había dicho: «Crucemos al otro lado del lago» (Marcos 4:35). Si Jesús había mencionado un destino, era seguro que llegarían. ¿Podría haber una tormenta? Sin duda. ¿Sería un viaje cómodo? No había seguridad de ello. Los discípulos podrían haberse preocupado por marearse, pero no tenían que preocuparse por hundirse. Jesús les había dicho a dónde iban.

ESPERANZA EN MEDIO DE LA TORMENTA

La verdad es que no es distinto para nosotros. Desde nuestro punto de vista, los días venideros son inciertos. No sabemos su contenido ni cuántos serán. Pero conocemos nuestro destino. Se nos ha dicho que Jesús se fue antes a preparar un lugar para nosotros (Juan 14:1-3). La Palabra de Dios está llena de esas promesas, y comprenderlas es tener la cura para el temor.

La Palabra de Dios nos asegura un desembarque seguro

Observe lo que Jesús les dijo a sus discípulos cuando iniciaron su viaje: «Al atardecer, Jesús dijo a sus discípulos: “*Crucemos al otro lado del lago*”» (Marcos 4:35, énfasis agregado). Ahora bien, considere lo que dice el texto en cuanto al final del viaje: «Vinieron *al otro lado* del mar, a la región de los gadarenos» (Marcos 5:1, RVR60, énfasis agregado).

La Palabra de Dios nos asegura un desembarque seguro: lograremos llegar al otro lado. Hay dos clases de destino que merecen nuestra atención: destinos temporales y nuestro destino final. Dios nos asegura que llegaremos a nuestro destino final: la vida en su reino eterno. Esa promesa por sí sola debería disipar toda clase de temor, el temor a las tormentas y el temor al temor en sí. Si Dios dice que los que están en Cristo serán salvos, serán salvos.

Pero ¿se nos garantiza el paso por cada tormenta en el camino hacia ese destino final? No. Considere a todos los santos que murieron como mártires. Me parece significativo que una vez que la muerte fue segura, muchos de estos héroes de la fe murieron sin temor. Ellos pudieron hacerlo solo porque tenían una fe completa en la garantía de Dios de su destino final.

¿Podría morir usted así? Si su día fuera hoy, ¿sentiría la alegría de saber que va a llegar a la playa más lejana? En Cristo, la muerte pierde todo el poder de atemorizar.

ESPERANZA

La Palabra de Dios nos advierte que debemos esperar aguas tormentosas

Me parece esclarecedor que el apóstol Santiago, el medio hermano de Jesús, haya usado la metáfora de un mar turbulento cuando habló de las pruebas (Santiago 1:2-8). Él dice que encontraremos tormentas en esta vida, y sin fe seremos «como una ola del mar que el viento arrastra y empuja de un lado a otro» (Santiago 1:6).

«Amados hermanos —escribe Santiago—, *cuando* tengan que enfrentar cualquier tipo de problemas, considérenlo como un tiempo para alegrarse mucho» (versículo 2, énfasis agregado). Observe que no dice *si*, sino *cuando*. La Biblia nunca promete cielos despejados, aunque algunos tienen dificultad en comprender esa idea. Ni siquiera Jesús, que vivió una vida perfecta, estuvo exento de las tormentas. Hebreos 5:8 nos dice que a él se le permitió sufrir, y Romanos 8:32 explica por qué, diciendo que «Dios no se guardó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros». Dios permitió que su propio hijo sufriera para que nosotros pudiéramos librarnos del castigo que nos hemos ganado y disfrutar de cada regalo bueno que Dios nos da.

Jesús nos da la clave para sobrevivir a las tormentas en su historia acerca de las dos casas: una construida en la arena y la otra en roca sólida. La arena representa los valores poco profundos, variables y no confiables de la cultura mundana. La roca representa la inquebrantable verdad de Dios (Mateo 7:24-27). Cuando la tormenta arrasa, la primera casa se derrumba con rapidez en la arena, y el mar se la lleva. La otra casa permanece firme, soportando la fuerza de los vientos más violentos. En décadas de ministerio, he visto con frecuencia la verdad de esta parábola vívidamente demostrada. La gente que tiene su esperanza en Dios soporta cualquier

ESPERANZA EN MEDIO DE LA TORMENTA

tormenta porque ha construido su vida en el único fundamento que no se puede mover.

La Palabra de Dios anuncia que el Salvador está a bordo

Los discípulos eran demasiado inexpertos con Jesús como para tener una fe exenta de temor. Tal vez usted sea así. Se identifica con Cristo, pero no tiene seguridad alguna cuando las nubes se asoman. Cuando el cielo se oscurece, podría preguntarse si debería meterse a la barca con Jesús o quedarse en la playa con la esperanza de evitar la tormenta. El problema con esa opción es que es falsa. Puede correr, pero no se puede esconder. Las tormentas lo encontrarán. No puede decidir si la lluvia llegará; solo puede decidir si llevará o no un paraguas.

«Pero él está dormido —dice usted—, a él no le importa». No permita que ese aparente silencio lo lleve a la conclusión de que él no está con usted. Él dice: «Nunca te fallaré. Jamás te abandonaré» (Hebreos 13:5). Como les dijo a sus discípulos: «Estoy con ustedes siempre, hasta el fin de los tiempos» (Mateo 28:20).

Esas son promesas, y él nunca ha dejado de cumplirlas. El hecho más indiscutible en la vida de usted es que él estará con usted. Lo que es incierto es su comprensión de aquel hecho, su capacidad de confiar y de construir su casa sobre esa verdad. Es el único fundamento en existencia a prueba de tormentas.

Adoniram Judson fue el primer misionero de Estados Unidos en el extranjero. Él le dedicó su vida al servicio a Dios, y aun así, perdió a su esposa y, tres meses después, a su pequeña hija, María. Judson quedó destrozado por el dolor. Había estado lejos, ocupado en los negocios de su Padre, durante la enfermedad de su esposa, y le fue casi imposible perdonarse. Escribió: «Dios es para mí el gran Desconocido. Creo en él, pero no lo encuentro»⁷.

ESPERANZA

Los siervos más sabios y profundos de Dios se han sentido así. A pesar de esta angustiada expresión de soledad, Judson no perdió su fe. Las lluvias a veces golpean lo suficientemente fuerte como para ahogar todas las demás voces, y nos cuesta oír a Cristo, quien calma la tormenta. Pero eso no significa que no la calme. Las tormentas pasan, y oímos la voz de Dios una vez más, esta vez a través de una nueva sabiduría, templada por nuestras batallas. Y nos damos cuenta de que él estuvo allí todo el tiempo.

*Dios es nuestro refugio y nuestra fuerza;
siempre está dispuesto a ayudar en tiempos de dificultad.
Por lo tanto, no temeremos cuando vengan terremotos
y las montañas se derrumben en el mar.
¡Que rujan los océanos y hagan espuma!
¡Que tiemblen las montañas mientras suben las aguas!*

SALMO 46:1-3

La Palabra de Dios afirma que la fe expulsa el temor

Charles Spurgeon usa dos ejemplos bíblicos para mostrarnos cómo la fe de uno puede crecer hasta llegar a ser más fuerte y más completa. El primero es David, quien dice: «Cuando tenga miedo, en ti pondré mi confianza» (Salmo 56:3). El segundo ejemplo es Isaías, quien dice: «Confiaré en él y no tendré temor» (Isaías 12:2).

Charles Spurgeon compara la fe de estos dos hombres con las medicinas, y la de Isaías es la marca más fuerte. Él habla de un hombre que tuvo un resfrío pero dio gracias por la receta que lo ayudó a superarlo. Un vecino dijo: «¿Agradecido por qué? ¡Yo tengo algo que te ayudaría a evitar el resfrío de antemano!». Si tiene una fe que lo ayuda a lidiar con el temor, Spurgeon dijo que

ESPERANZA EN MEDIO DE LA TORMENTA

se alegraba por usted. Pero ¿por qué no desarrollar una fe de más alto nivel, la cual es resistente al temor?⁸

Cuando los discípulos se metieron en la barca con Jesús, ni siquiera tenían la primera clase de fe. Su esperanza no estaba en Jesús, por lo que su temor escaló a completo terror. Cuando Jesús despertó y calmó la tormenta, el llegar al reconocimiento de quién era él en realidad hizo que su fe avanzara hacia un nuevo nivel. Después nos enteramos de que llegaron a ser intrépidos en verdad y que proclamaron la verdad del reino a pesar de toda clase de tormentas. Si hubieran poseído una fe madura ese día en la barca, hubieran podido acurrucarse y tomar una siesta con Jesús sin que les preocupara la tormenta embravecida a su alrededor.

Sin importar cuál sea su problema, puede acudir a Dios en medio de él, y él calmará la tormenta. Pero profundo es el gozo del que acude a Dios *antes* de la tormenta porque se dará cuenta de que su fe expulsa todo temor.